

MEDITA CONMIGO

**Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.** (Rom 8:1-4)

Cuando un hombre teme verdaderamente al oír la palabra *condenación* al tratarse el tema de la vida eterna es porque la ley de Dios le es abrumadora, por cuanto su intuición le dice que ella es santa, esto es, que sus mandamientos son santos, justos y buenos (Rom 7:12), y que de acatarlos depende su salvación; le abruma interiormente el hecho de saber que no está a la altura de ella (Rom 7:18-24); cuánto más tendría que serle abrumadora la gracia de Dios *al hacerle saber* que tan sólo por creer, él ha sido justificado delante de Dios, es decir, que la ley ya no tiene ningún poder sobre él para llevarlo a la condenación, que lo que le era imposible por su debilidad le ha sido hecho posible por medio de la fe en Cristo Jesús (Rom 8:3). Es en este punto, en el que la fe cobra su real valor frente a la afirmación apostólica de que por haber creído estamos muertos (Rom 7:4); ¿Cómo puede aceptarse eso, cuando los sentidos nos dicen que aquí seguimos en este mundo, experimentando lo que rodea a todos los humanos? sólo sabiendo que la verdadera fe va más allá de los cinco sentidos, y entender que la muerte espiritual, y en todo sentido, sólo puede ser decretada por el dueño la vida. Dios lo hizo por medio de su Hijo; en él nos mata espiritualmente y así dejamos de estar bajo el dominio de la ley y de la potestad de Satanás (Rom 7:4), pero nos vuelve a la vida espiritual como renacidos para Dios mediante la resurrección de su Hijo Jesucristo (Col 2:12); esta verdad, no puede sustentarse con una fe cerebral, sino con la del corazón (Rom 10:8-10). Ahora bien, abordando el texto del encabezado, hemos de entender correctamente la expresión *andar conforme a la carne, o andar conforme al Espíritu*; los que sólo creen cerebralmente, es decir, los que aún están bajo la ley, piensan, y así enseñan, que Pablo está hablando de cuestiones de conducta, y por lo mismo condenan a todo aquel que no se conduce conforme a lo que ellos han decretado como espiritual; esto es lo que ha generado a través de los tiempos la santurronería religiosa; es obvio que la conducta de un hombre que ha creído verdaderamente sin duda será distinta desde sus adentros, de la que antes tenía; más adelante, Pablo hace claro esto al usar el verbo *ser* en lugar de *andar*: *Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu* (Rom 8:5); y acertadamente una frase filosófica dice: *El hombre es lo que piensa*. No es lo mismo, pues, andar conductualmente, que ser espiritualmente; muchos andan como si fueran, pero no son; por algo el Apocalipsis dice: *Tienes nombre de que vives, y estás muerto* (Apoc 3:1). Esta actitud y enseñanza errada ha causado desaliento en no pocos de los que han creído verdaderamente, llevándolos a vivir secretamente, o aun abiertamente, en tristeza, desaliento, frustración, y hasta declarada amargura; la buena noticia para ellos es que el evangelio enseña que el Juez es Dios, no los hombres, y que no se puede culpar a Dios por causa de sus "representantes", y que por lo mismo su Padre Dios con tierna, pero firme disciplina, les traerá de vuelta a la paz que una vez experimentaron al haberse sabido perdonados, porque Dios siempre actuará de acuerdo a su carácter misericordioso, por esta razón, es que quedó escrito que *La misericordia triunfa sobre el juicio* (Stg 2:13). El apóstol Pablo no tiene ningún empacho en usar el verbo andar de este otro modo: *Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne* (2 Cor 10:3), y con esto queda muy claro que en este texto inicial está usando el verbo andar como símil de SER. Que mi Señor nos confirme la verdadera fe mediante el entender correctamente su palabra.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava